

nificativamente en el título del libro: Félix y Fritz. Lo cual es perfectamente lógico, puesto que el mundo de los comics viene a ser el espejo —espejo más o menos cóncavo, según los casos— en que se reflejan los sueños, los mitos, las esquizofrenias o las frustraciones de una colectividad, de un grupo o incluso —caso de buena parte del «underground»— de un subgrupo.

El libro de Javier Coma es, pues, bastante más que una simple historia de los comics. Es, por otro lado, un libro escrito sin asomo de pedantería y con una gran claridad de estilo: algo que en absoluto resulta ocioso señalar cuando tanto bodrio pretencioso circula por ahí. ■ **JOAQUIN RABAGO.**

EL RAPTO DE LA CULTURA

Esta nueva obra de Carlos París lleva un título sugerente: «El **r**apto de la cultura», a través del cual abre el análisis al secular robo de la cultura realizado por las diversas élites que se han sucedido a lo largo de nuestra historia: «los grandes mandarines, los chamanes con sus poderes místicos, los clérigos, los profesores, los sabedores, los tecnócratas hoy» (págs. 6-7). Elites que se han ido metamorfoseando durante la dinámica histórica, pero cuyos núcleos de identificación han sido siempre la posesión de la cultura, del saber, de la ciencia, en los cerebros y organizaciones de unos pocos, a la vez que constantemente desoían las culturas contestatarias de cada época, a las masas trabajadoras que día a día creaban y crean la infraestructura imprescindible para que sea posible este dualismo cultural, que es a la par dualismo político, económico y social.

A las masas trabajadoras les ha sido robada la cultura, la posibilidad creativa; y la cultura es, para Carlos París, parte de la estructura biológica del hombre, el «útero cultural» (valga la redundancia), es decir, el ámbito de la libertad, de la potencialidad creadora del ser humano.

El *r*apto de la cultura nos remite a la significativa figura de Prometeo, quien se apodera del fuego de los dioses (el elemento gratificante, que calienta e ilumina) para llevárselo a los hombres que carecen de él.



Prometeo es un delincuente, y por ello es condenado por los dioses, por los poderosos. Es este mito una figura paradigmática, que de diferentes formas ha resurgido en las distintas épocas históricas.

Para Carlos París, el «intelectual orgánico», aquel que se adentra en el dolor de los trabajadores y, junto a ellos, a la vez que transmite los conocimientos de la gran industria científica hoy imperante y ya aprendiendo también la cultura y la técnica postergada que se encuentra en las difíciles luchas cotidianas, en las esperanzas y frustraciones colectivas, es una nueva metáfora de Prometeo. Y como tal, corre el riesgo constante de ser condenado; los poderosos no toleran los latrocinios. Sin embargo, no es sólo el intelectual comprometido en las batallas de los trabajadores el único ladrón (sería caer en un nuevo pedagogismo), sino que son fundamentalmente las masas oprimidas las que derribarán ese secular dualismo (cultural, económico, social y político) de opesores o imperalistas y países oprimidos, para lograr una cultura creadora colectiva, acercándose ellas así al horizonte utópico de una nueva sociedad sin clases sociales.

Refiriéndonos ya más detenidamente al contenido de este libro, escrito en forma clara, antidogmática, simple, sin por ello perder profundidad, diremos que recoge en él una serie de artículos publicados en distintos momentos: el primer capítulo «Ciencia y pluralismo cultural», apareció como prólogo al libro «La cien-

cia y la diversidad de las culturas» (Madrid, Ed. Santillana, 1976); el segundo, «Nuestra situación filosófica tras la era-franquista», fue publicado en la obra colectiva «La cultura bajo el franquismo» (Ediciones de Bolsillo. Barcelona, 1977); el tercer capítulo, «Revolución y pensamiento filosófico», es una ponencia del autor presentada en el II Coloquio Nacional de Filosofía, llevado a cabo en Monterrey por la Asociación Filosófica de México (1977); el cuarto, «La filosofía del "homo faber"», corresponde al igual que el anterior a otra ponencia presentada en 1977 en las Jornadas Humanísticas organizadas por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas; el quinto, «Ciencia y lucha de clases», es una colaboración de Carlos París, ya publicada en la revista «Argumentos», número 1 (mayo, 1977) y número 2 (junio, 1977); y el último capítulo, el sexto, «El intento de reconstrucción científica de la filosofía», apareció en «Pensamiento», número 29 (1973). El hilo conductor que une estos seis capítulos ya lo hemos explicitado al desarrollar brevemente el sentido del título de este libro.

El proceso histórico se ha caracterizado por hacer desaparecer la variedad, lo diverso o heterogéneo de las múltiples culturas desde las fuerzas que otorga el poder a la clase social dominante o país imperial, uniformando de esta manera el pensamiento, los valores y formas de vida propios de aquéllas.

Si bien el tiempo que vivimos nos presenta con cierta perentoriedad la necesidad de establecer un gran diálogo entre los diferentes pueblos, a fin de lograr un enriquecimiento notable de la ciencia y la cultura, nos encontramos con el férreo obstáculo de países «emisores» de ciencia y los «receptores» de la misma, entre los que se encuentra España. Los países que detentan la **información** son, al mismo tiempo, los que poseen un enorme poder político, económico y militar. Y en ellos, la ciencia es elaborada bajo un signo nuevo, ya no se depende de la genialidad de un pensador, sino que el investigador está incorporado en una «concreta y visible colectividad», ajustado a una estricta disciplina de trabajo; el investigador pierde no sólo el control de su tarea, sino también la finalidad última de su producción; a lo que debemos agregar la excesiva especialización que se le impone, es un

engranaje más dentro de la gran industria científica.

Para C. Paris, se hace necesario, frente a esta situación y al proceso histórico que la gestó, realizar un análisis filosófico amplio, carente de sectarismos o parcializador de la realidad en que vivimos. Es preciso llevar a cabo un «filosofar auténtico y creador», que sea una búsqueda dialéctica llevada a cabo de manera conjunta con las investigaciones científicas. Surge, de esta manera, una nueva forma de comprender la filosofía de la ciencia, transformándose ésta en un arma ideológica de gran peso y en un aporte idóneo para el camino arduo hacia el socialismo. ■ **LILIANA CHECA PEREZ.**

NICARAGUA: LUCHA, LLORA Y MUERE

Enrique M. Fariñas es el autor de este libro beligerante y apasionado. Un libro de barricada que sacrifica, tal vez, su perdurabilidad, en aras de su efectividad. Ese, creemos, ha sido propósito del autor, propósito que se cumple largamente, pues la lectura conmueve y lo que es más importante, moviliza.

A lo largo de más de 300 páginas asistimos a la tragedia nicaragüense, una tragedia que se remonta a los tiempos de las luchas coloniales y la posterior dependencia económica ante Inglaterra, en primer lugar, y los Estados Unidos, posteriormente.

La historia de Nicaragua es la historia de la dependencia. Ya en 1860 los monopolios norteamericanos controlaban el transporte marítimo del país, beneficiándose de la explotación del café, mientras que la Standard Fruit & Steamship «se adueñaban de toda la producción frutera». Por rieles paralelos a la ingerencia económica transitaba la influencia política de la Casa Blanca: ante la peligrosa presencia de los liberales liberados por José Santos Zelaya que intentaban una serie de reformas impulsoras del desarrollo nacional, tomaron partido por el sector más reaccionario y conservador, que en 1909 se instaura en el poder y en 1914 firmará con los Estados Unidos un tratado conocido bajo el nombre de Chamorro-Bryan, que con-figuraba en la práctica la venta

del país por el exiguo precio de tres millones de dólares. «Los Estados Unidos establecían sobre el país una especie de protectorado, consiguiendo que el presidente Adolfo Díaz les otorgase el derecho a construir un canal interoceánico y a establecer bases navales: una en el golfo de Fonseca, en el océano Pacífico, y otra en las islas del Caribe. Esta concesión tendría una validez de 99 años, a cambio del pago de tres millones de dólares. Y según ella, prácticamente, los sucesivos gobiernos de los Estados Unidos podrían disponer de la nación nicaragüense como si se tratara de una colonia» (Fariña).

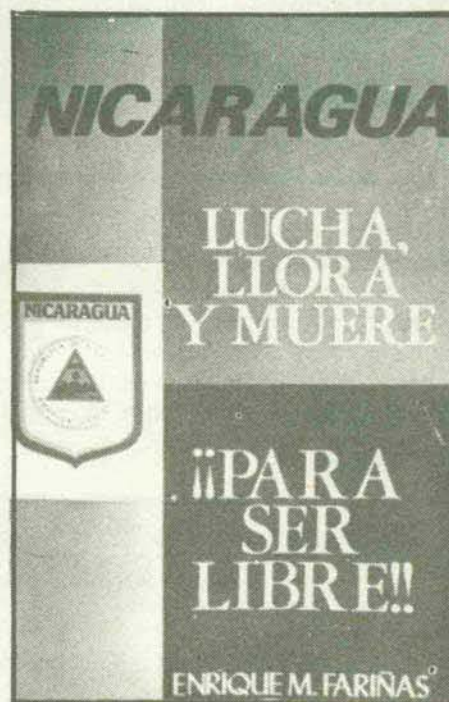
La historia volvía a repetirse. La entrega quedaba consumada a cambio de treinta dólares actualizados. La historia de la resistencia nicaragüense ante el agresor norteamericano y sus cómplices nativos ha sido proverbial. En el período comprendido entre 1913 y 1924 se produjeron más de diez levantamientos armados que fueron sofocados por los gobiernos conservadores con ayuda de USA. En 1925, al retirarse del territorio las fuerzas armadas norteamericanas, se establece en el país un gobierno de coalición conservador-liberal que en pocos meses entra en crisis con el enfrentamiento de ambos sectores. Washington, viendo peligrar sus intereses, ordena entonces la invasión del país y los marines hacen su entrada en Nicaragua. En 1927 ha de firmarse un pacto conocido como de «El Espino Negro» que, entre otras medidas, creaba la tristemente célebre Guardia Nacional, que en sus inicios fue comandada por oficiales norteamericanos.

Es en este momento cuando surge la figura de Augusto César Sandino, quien «durante siete largos y penosos años, al mando de un ejército de unos pocos cientos de hombres mal armados, entabló más de quinientos combates contra los marines... Esta guerra nacional tuvo su culminación con la expulsión de las tropas estadounidenses, incapaces de vencer a los guerrilleros, y se tradujo en la aceptación por parte del gobierno de Washington del compromiso de respetar en lo sucesivo la soberanía y la autodeterminación del país centroamericano» (Fariña).

Sin embargo, el mismo año de la retirada de las tropas extranjeras, el joven Anastasio Somoza García se

hacia cargo de la jefatura de la Guardia Nacional. Con él y en él los intereses norteamericanos hallarían la mejor cobertura.

Con el asesinato de Sandino y la ascensión al poder de Somoza, mediante el golpe de Estado de 1936, se inicia la larga noche de la «dictadura dinástica» y una nueva etapa de la lucha del pueblo nicaragüense por su libertad. El libro de Fariña es un valioso testimonio de ese empeño, enriquecido con una copia información (Amnistía Internacional, Agermanament, Lliga dels Drets dels Pobles, Liga Internacional por los Derechos y Liberación de los Pueblos, IEPALA [Instituto de Estudios Políticos para América Latina y África], Institut fue Iberoamerika-Kunde. Dokumentations-Leirstelle Lateinamerika), en muchos casos inédita y en otros poco conocida.



En la carta-testamento de Rigoberto López Pérez, dirigida a su madre, el autor de los disparos que mataron a Tacho Somoza, escribió: «Debe pensar que lo que yo he hecho es un deber que cualquier nicaragüense que de veras quiere a su patria debía llevar a cabo hace mucho tiempo». Este mismo criterio es el sustentado por el Frente Sandinista de Liberación quien, en condiciones muy difíciles, y bajo el lema de **Patria libre o morir**, continúa la lucha contra la tiranía. El libro de Fariña, participa de esta consigna, renunciando a la fría **objetividad** el autor se compromete en actitud beligerante. ■ **JUAN MONTIA.**